



SIGUE EL A-119

Un catalán que piense en catalán y escriba en castellano nunca hará más que traducir su pensamiento. Y ¿por qué él, el autor, ha de traducir al castellano mejor que yo, el lector, lo que en catalán piensa? Cuando tropiece con una dificultad la saltará sin resolverla; yo no la salto, me detengo, porque, suponiéndolos igualmente concienzudos, más propenso ha de estar el autor que se traduce á sacrificar algo de su íntimo modo de ser que el mero traductor á sacrificar algo del espíritu del prójimo á quien traduzca. No cabe dudar de que el homicidio es más inmoral que el suicidio.

Convendría que nos detuviéramos en lo escrito en la lengua misma en que pensamos, que nos la tradujéramos, y esto no es paradoja. Y de mí sé decir que habituado á leer traduciendo de idiomas extraños he acabado por leer traduciendo lo de mi idioma propio, el castellano en que pienso.

Últimamente me he dedicado á leer algunas obras catalanas y el esfuerzo de traducción me ha hecho penetrar un poquito, según creo, en ciertos repliegues, en cualidades esbozadas, en aptitudes de casta ocultas en los senos subconscientes de la lengua misma, y esta penetración me ha ayudado á ver el núcleo catalán en los catalanes escritores en castellano.

Aparécense de ordinario el espíritu catalán á los extraños á él algo pegado á tierra al modo del parsimonioso espíritu de la escuela escocesa, un buen sentido algo mezquino y prosaico y tirando á sancho-pancesco. Recordamos el escocismo y oportunismo de un Balmes, la moderación, rayana en pobreza, de un Milá ó un Ixart, y por otro lado el dogmatismo simplicista, pobre y chico, de un Sardá y Salvany. Tiene razón Guimerá: Pi y Margall, el mejor prosista en castellano que Cataluña puede presentar hoy entre los vivos, es «massa aixerrahit», cultiva una prosa lapidaria por lo precisa y lo seca y pobre. ¡Cuanto más rico el catalán de algunos escritores catalanes!

Veo mucha analogía entre el espíritu catalán y el escocés, analogía señalada antes de ahora y que trataré de desarrollar y justificar algún día, si continúo mi inquisición acerca del espíritu de las castas españolas. Veo escocismo en Cataluña, pero hasta hoy circunscrito al modo de un Reid ó de un Hamilton, que hicieron escuela en Cataluña (y de allí salió Menéndez y Pelayo) así como Walter Scott tuvo entusiastas admiradores, como Milá. Pero hay otro escocismo bajo ese y es el de un Burns y un Carlyle. Si, como creo, late algo del alma carlylesca en el fondo del catalán, ese algo sólo en lengua catalana puede revelarse. Y esta revelación nos importa á todos, catalanes y no catalanes.

En bien y provecho de todos debemos, pues, desear todos que los catalanes, como todos los hombres, escriban en la lengua en que piensan. Mientras la integración espiritual humana avanza la favorece más el esfuerzo por traducir cada cual lo ajeno que por traducirse uno en ajeno espíritu.

Aseguraba Clarín en una «Revista miníma» que no siente el alma del catalán, alma en que cree y que por eso dice que no sabe catalán. Y es natural, no cabe sentir esa alma sin rasgar primero el vestido en que se envuelve, su lengua. Excitaba Clarín á Oller (de quien guardo, y permítaseme este desahogo, un grato recuerdo personal de allá, de mi Vizcaya) á que escribiera en castellano y contestaba muy sesudamente Oller «que era imposible, que no estaría allí todo él.» Y yo

añado que creo sacarán los lectores castellanos más provecho de Oller escribiendo éste en catalán y traduciéndolo, de un modo ó de otro, Clarín, que tan excelentes traducciones hace á su modo, que no traduciéndose el mismo Oller al castellano.

Hay que pedir que escriba cada cual lo que siente en la lengua en que lo siente en obsequio á la suprema armonía, al concierto de todos, al más pronto adveni-

miento de un verdadero lenguaje universal, que tiene que venir, y en obsequio además al fomento de los incentivos y estimulantes de nuestra energía traductora.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, abril de 1896.

Decreto y de aquellos II

Los Lunes Ilustrados

(de El Fomento de Salamanca)

Lunes, 11 de enero de 1897

1-120 SUEÑO

CUANDO conocí á D. Hilario no era ya nadie ni hacía nada, resultando un sujeto de los más borrosos y comunes á pesar de su fama de raro. Mas aún así y todo tuve la fortuna de presenciar una de sus explosiones, una erupción de sus honduras espirituales, y oírle contar sus desventuras con aquella voz gangosa y lenta y aquel modo doloroso que en casos tales y hasta volver á caer en su habitual huronería, le dominaba por completo.

Ciego de mozo por la lectura y el estudio creía á pies juntillas haber sido tal vicio la fuente de sus males. Con hidrópica sed de saber misterios había devorado de todo, ciencias, letras, humanidades, con encarnizamiento insaciable. El misterio se le iba agrandando á la par que descubría nuevas caras porque abordarle, y sentía desazón é impaciencia al encontrarse cientos de veces con las mismas cosas en cientos de libros diversos. Anhelando novedades, ideas nuevas ó renovadas que le refrescaran la mente, encontrábase con insupportables repeticiones. Todos los libros que tratan una materia contienen un fondo común y este fondo le daba ya sueño, á puro machaqueo. El que consigue descubrir una verdad en química no se conforma con menos que con escribir un tratado completo de química, y gracias si no pretende que esa verdad modifique todas las restantes y sea piedra sillar de un nuevo sistema.

Al acostarse dejaba sobre la mesilla de noche tres ó cuatro libros, solicitado á la vez por todos ellos; tras breve vacilación cogía uno, lo hojeaba, leía trozos salteados, empezaba un capítulo, inatento, distraído por el deseo de los restantes libros de la mesilla; y así lo dejaba para tomar otro y á su vez dejarlo en cuanto se convertía en lo que decían. Muchas veces tocaba á uno y otro y se quedaba sin ninguno, y acabó por ni tocar.

(A-119)
1-120
(1-121) (verve)

84

el m... DAD
... LO... NCA
... de D...
ES

CASA MUSEO UNAMUNO

15-2761

1-120

1-120

quiera, optando por dor-
sentimiento de la vecin-
de sus queridos libros.
só á leer monografías,
bibliográficas, referen-
extractos, y sobre todo
s. De las revistas se fué
revistas de revistas. Pero
todo era esqueleto sin
ni alma, planos esque-
ricos. Y lo peor que los
tractos le resultaban más
palabreríos y vacíos que las
obras mismas extractadas. Y
¡qué desilusión al ver estropeados los más her-
mosos títulos!

Buscó por fin las obras atiborradas de refe-
rencias y notas para leer éstas, sobre el anda-
miaje que el autor levantara para construir su
obra, fantaseaba él otra. Y acabó en leer catálogos.
¡Los catálogos! Pocas cosas más sugestivas
que un catálogo. Sobre un título ¡qué de fanta-
sías nebulosas, imprecisas! ¡qué de imaginar sin
concepto alguno! Se acostaba con un catálogo
y lo iba hojando. Su conocimiento de idiomas
vivos le ayudaba mucho.

Wiezzieski: «El problema del mal», ¡qué cam-
po tan vasto! y vagaba sin idea alguna por os-
curos vislumbres de ese problema; Wadsworth:
«El porvenir de la India», séptima edición, en
cuarto, seis chelines ¡qué de cosas dirá! y pasa-
ban por su mente Warren Hastings, Lord Clive,
el budhismo, el espíritu inglés, mil otras imáge-
nes; Bonnet-Ferrière: «El arte en la vida», nue-
va evocación de inarticulada sinfonía de larvas de
ideas; Schmauschauser: «El derecho asirio»... de
cididamente, aún se ha hecho poco de derecho

histórico ¡qué campo! Hembrani: «La filosofía
de la química», ¡décima quinta edición! ¡20 li-
ras! y durante un rato veía ordenados rigodones
de átomos llenos de personalidad y de vida; Ló-
pez Martínez: «Comentarios al derecho procesal»
¡qué lata tan soberana! Y quedábase dormido.

A la par iba cobrando desenfadado amor al
sueño. Pasábase el día, mientras revolvió libros
ó hojeaba catálogos, esperando la hora de acos-
tarse y acariciando la imagen del sueño, y una
vez acostado se arrebujaba en las sábanas á go-
zar en la espera del momento de sumersión en
la inconciencia. Daba á las veces en ponerse á
espiar el momento preciso en que entraba en el
sueño, momento que se le escapaba siempre,
pues siempre se distraía en la coyuntura propi-
cia. Otras veces se revolvió preso de ardiente
agitación pensando en la nada, que le aterraba
más que el infierno. ¡La nada! estar cayendo,
cayendo por el vacío inmenso... no, no estar
cayendo siquiera...

Se levantaba tarde, se vestía, lavaba y almor-
zaba con toda calma, leía el periódico hasta los
anuncios, repasaba algún catálogo, miraba con
cariño á sus libros tocándolos, cambiándolos de
lugar, hojeando algunos, y así le llegaba la
hora de comer. Después café, rato de sentada
en el casino viendo jugar al tresillo, que no en-
tendía poco ni nada, paseo lento, gradual inva-
sión de sueño, frugalísima cena y á la cama
temprano.

El día en que estalló me decía:
—¡Qué enfermedad más terrible él... pero no,
bien mirado, ni es enfermedad ni es terrible!
Paso el día esperando la hora de acostarme,
acariciándolo en mi imaginación y me acuesto
deleitándome en la idea de que voy á dormir
para resucitar con el nuevo día, lleno de fres-
cura espiritual, ¡El sueño! ¡vivir sin conciencia,
pero vivir, vivir! ¡mera conciencia de vivir! ¡vida
pura! y sobre todo, ¡despertar!

¡Ah! si lograra que toda mi vida fuera un des-
pertar continuo, perpetuamente renovado, enton-
ces podría decir que mi existencia era una crea-
ción continuada... ¡El sueño! Es la *vis medicatrix
naturae* y la digestión mental... Durante el sue-
ño bajan digeridas las ideas al
fondo del olvido donde se ha-
cen carne de nuestra alma...
Lo que mejor sabemos es lo
olvidado. Todo eso de co-
rrientes nuevas, de crisis espí-
ritual, de degeneración, de fin
de siglo, de neurosis y neu-
rastenia, de misticismo y anar-
quismo, todo eso es sueño so-
cial y nada más. ¡Claro está!
tanta revista de revistas, tanta
bibliografía y tanto catálogo...

sueño, sueño, no es más que
sueño. ¿Los agitadores, los
revolucionarios dice usted?
Aspirantes á sonámbulos.

Vuelvan las tinieblas medio-
evales y á dormir...

— Pero eso es negar el pro-
greso.

— ¿El progreso? ¿Pero usted
cree que no hay más progreso
que la vigilia? Hay que dige-
rir el progreso, y el hartazgo
da sueño. ¡A dormir! á dormir
para hacer la digestión espí-
ritual del progreso y despertar
en otro siglo con la cabeza
fresca, de buen humor y en-
riqueciendo el vivífico y fecun-
dante fondo del olvido, que
es algo positivo, muy positi-
vo, créamelo usted.

MIGUEL DE UNAMUNO

El Imparcial

Madrid, 15 de marzo de 1897
lunes

1-121

1-121

POLVO DE HECHOS

Como quiera que sigue haciendo estragos,
en la literatura sobre todo, el *analiticism*, ó
sea la exagerada cultura del análisis, conviene
sugerir algo de los funestos efectos de esa ma-
nía, que teniendo por base el deseo de realidad
de nutrir al espíritu con hechos, destruye éstos,
no dejándonos más que su vano polvo.

Suele ocurrir en la investigación química el
caso de que al hacer un experimento sobre al-
gún compuesto—si es orgánico sobre todo,—se
destruya éste por el reactivo empleado para vo-
latizarlo, y poderlo así estudiar, resultando así
que en vez del cuerpo mismo sometido al ensa-
yo, se estudie uno de los productos de su des-
composición.

Esto mismo suele pasar en psicología y so-
bre todo con esa psicología archisutil, quin-
tesenciada y delicuescente que se aplica á las
psicologuierias literarias. En vez de estudiarse
almas, no se estudian más que productos
de la descomposición de ellas; en vez de carac-
teres, casos. Y los tales casos no suelen pasar
de abstracciones, á pesar de todo el aire que
se den á realidades concretas.

Acostumbran los autores personalizar uno
de sus estados de conciencia.—Werther res-
pecto á Goethe, v. gr.—y tal personalización
rara vez produce una verdadera persona artís-
tica, un personaje como es debido en arte.

Hay una inmensa diferencia de los hechos
intuidos en concreto, á los hechos analizados;
media un abismo entre los hechos y el mero
polvo de hechos, y uno mayor aun entre las
curvas que trazan las perlas brillantes de las
varillas del *calcidófono* al vibrar musicalmen-
te, y los sonidos musicales mismos. Tales cur-
vas son accesibles á un sordo, que puede en ri-
gor estudiar acústica.

Muchos sordos, dedicados á esta acústica
visual, pretenden componer música; quiero de-
cir que muchos analistas de psicologuierias
tienen la pretensión de hacer sentir en obras
de arte. Son los que han llevado el determinis-
mo á la novela.

Un personaje de novela cuya conducta toda
se nos explique ce por be, y cuyos móviles se
desmenucen, resulta un muñeco, porque no hay
hombre real cuya infinita trama anímica esté
al alcance de psicólogo alguno. Un personaje
novelesco que no nos sorprenda alguna vez
con algo que de él no esperábamos—como á
diario nos sorprenden los hombres de carne y
hueso—es un fantecho montado de todas pie-
zas, como los que armaba con maravillosa ha-
bilidad y pericia el agudísimo Stendhal.

ER SIDAD
AMANCA
SUALES